



SESIÓN ESPECIAL DEL ORGANISMO PARA LA  
PROSCRIPCIÓN DE LAS ARMAS NUCLEARES EN LA  
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (OPANAL)

con motivo de la visita del  
Secretario General de las Naciones Unidas,  
Excmo. Sr. Ban Ki-Moon  
México D.F., 4 de agosto de 2008

Intervención del Embajador Jorge Mansilla Torres,  
Embajador de la República de Bolivia en México

**Excelentísimo señor Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon,  
Excelentísima señora Embajadora Perla Carvalho,  
Señores representantes del Gobierno Federal de los Estados Unidos Mexicanos y organismos afines o cercanos a la alta misión del OPANAL,  
Señores embajadores de los países que integramos el Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y el Caribe.**

**Es alto el honor que se me da para sumar mi palabra de bienvenida y agradecimiento a la primera autoridad de la Organización de las Naciones Unidas por aceptar la invitación del OPANAL a este encuentro para hacer coincidir nuestros mutuos esfuerzos y comunes preocupaciones. Todos los que aquí estamoshemos involucrada nuestra vida en la forja de prevenir el amago nuclear en el hemisferio continental, latinoamericano y caribeño.**

**En este desvelo han transcurrido 40 años, tenso lapso en que el OPANAL permanece con la mirada abierta y la bandera del deber en alto, sin mayores sobresaltos hasta hoy.**

**Considero que para permanecer libres del amago nuclear no existe estrategia más confiable y eficaz que el ejercicio democrático de los pueblos. La sinceridad y el aplomo político que nuestras comunidades nacionales ejercen ante sus gobiernos, sus fuerzas armadas, las corporaciones belicistas, y, claro, principalmente, frente a las potencias mundiales.**

**Los pueblos en actitud de vigilancia democrática han de ser siempre el blindaje más seguro contra el amago de la guerra. Permítanme al respecto una muy particular digresión: la nueva Constitución Política de Bolivia consagra al territorio nacional**

como santuario de la paz; a tal declaración pacifista añade su oposición a la guerra como recurso dirimidor de conflictos fronterizos o atroz descarga de venganzas. Proclama además la prohibición de instalar bases militares en su suelo.

Sólo nuestros pueblos despiertos en democracia podrán impedir, por ejemplo, acciones tan lesivas y humillantes para la seguridad continental como el demencial sembrado de minas antipersonales y antitanques en que incurrió la dictadura del general Pinochet en las fronteras de su país con el Perú y Bolivia, al norte, y con Argentina, al sur. Ya pasan más de 30 años que nuestros países, incluido el chileno, vivimos al pendiente de ese riesgo letal.

Aquí valoramos el agradecible esfuerzo de los dos últimos gobiernos democráticos de Chile por desenterrar y desactivar esas armas a costos humanos y económicos muy elevados. Se está desminando, es cierto, aunque muy lentamente, el páramo desértico del parque nacional de Llullayacu y la región de los hielos patagónicos.

Por otro lado, también la vigilancia democrática de los pueblos y sus instituciones está impidiendo, en lo que cabe y se sabe, que las transportadoras de desechos nucleares o materiales radiactivos entierren esa basura en el silencio selvático de la Amazonía, por ejemplo, o la sepulten en el sitio más inopinado, en la complicidad de autoridades municipales que por una suma de dinero aceptan que en sus predios se deposite el cuerpo nunca muerto del demonio nuclear que inexorablemente expandirá su esencia de muerte en kilómetros a la redonda de su sepultura.

Hacemos votos porque la ONU persista e imponga

su autoridad moral y militar frente al lucro deshumanizado de las potencias y las corporaciones belicistas. Anhelamos que los gobiernos, el capital y el trabajo, la tecnología y la ciencia orienten su destino a la fabricación de las herramientas de la paz, es decir los alimentos, las medicinas, los alfabetos, la justicia social y la defensa atmosférica de nuestra casa común, el único domicilio de que disponemos para justificar nuestra existencia y validez humana: el planeta.

Apliquemos, en fin, aquel enunciado aforístico, no por risueño menos trascendental: Más vale activos hoy, que radiactivos mañana. Gracias.